

## Prólogo

### Los apuntes filosóficos del Che

En los días iniciales de abril de 1965, Ernesto Che Guevara comienza una nueva etapa de su vida. Uno de los dirigentes máximos de la Revolución Cubana, una personalidad descolante en dondequiera que ha actuado desde que comenzó la guerra revolucionaria en la Sierra Maestra, renuncia a sus cargos políticos y en el Estado, y desaparece como figura pública. El 3 de octubre Fidel leerá su famosa carta de despedida, en el acto de fundación del Partido Comunista de Cuba, mensaje que deja claro que el Che está impulsando la lucha revolucionaria en algún lugar, y su plena identificación con la Revolución cubana. En realidad está en el Congo, al frente de un contingente de combatientes internacionalistas cubanos, y en los dos años que le quedan de vida será siempre un revolucionario cubano en misión, en la audaz, riesgosa y necesaria misión de extender la revolución.

En esos dos años y medio, el Che emprende tareas extraordinarias y muy ambiciosas en el terreno práctico y en el trabajo intelectual. En la plenitud de su madurez, Guevara posee una absoluta conciencia de lo que está haciendo, de la importancia crucial que tiene su gesto y lo que pueda lograr con su actividad para el desarrollo de la revolución en América Latina y el mundo, y de su papel como individuo y como personalidad histórica. Él mismo reconoce cómo se ha formado y preparado para cualquier prueba revolucionaria y para ir en camino de convertirse en paradigma —lo reconocerán también Fidel y otros compañeros—, y esa formación le permite vivir y examinar al mismo tiempo los episodios que protagoniza, desde África hasta Bolivia, con total lucidez y con apasionada entrega. Y con una humildad que ratifica su grandeza, escribirá en septiembre de 1966: «...hemos medido el alcance de nuestros actos [...] no nos consideramos nada más que elementos en el gran ejército del proletariado».<sup>1</sup>

## 6 Apuntes filosóficos

Che dedica sus esfuerzos en esta etapa a dos tareas principales: batirse con el arma en la mano para ampliar el campo de la revolución de liberación y socialista en el mundo; e impulsar mediante la crítica y el análisis el pensamiento revolucionario marxista, para que se vuelva capaz de cumplir sus tareas. Esas empresas no son ajenas entre sí: pensamiento y acción están obligados a ir juntos en toda revolución que pretenda ser realmente liberadora. Este axioma del movimiento en su conjunto se da en la práctica mediante la comunión entre los que tienen más o menos capacidades e inclinaciones prácticas o intelectuales; todos piensan, todos actúan, y se valen de las ideas que el movimiento produce, aunque con diferencias individuales y cierta división del trabajo. Entre ellos, algunos llegan a ser, simultáneamente, productores de acción y de pensamiento, pero muy pocos llegan a destacarse en ambos planos. El Che es un caso excepcional entre esos pocos. Y el libro que tienen ustedes en sus manos es uno de los frutos de aquella segunda tarea del Che.

Ante todo les ruego tener muy presente lo que nos advierte la «Nota a la edición» que abre esta obra. El delicado trabajo de compilación que realizó María del Carmen Ariet ha partido de aquella etapa postrera de la vida del Che, 1965-1967, y de esa segunda tarea, tan claramente expresada en su carta a Armando Hart del 4 de diciembre de 1965. Pero tiene el propósito de adentrarnos en su biografía intelectual en lo atinente a actividades teóricas y filosofía, para lo cual asume un orden cronológico y nos ofrece unas fuentes y una información en gran medida inédita, de inapreciable valor, acerca de las obras de una multitud de autores que manejó, y los comentarios que escribió acerca de ellas a lo largo de toda su vida, desde sus años juveniles.

Este muchacho que estudia Medicina en Buenos Aires, este loco viajero que recorre su ancho país y medio continente, este joven doctor que trata de ser un investigador en el campo de su profesión, precoz perseguidor de altos ideales que desea entrar al servicio de la humanidad desvalida pero se mantiene ajeno a las organizaciones de izquierda y sus círculos de estudio, resulta ser al mismo tiempo —y a uno le es difícil explicárselo— un enamorado de los textos filosóficos y los fundamentos teóricos de escuelas científicas y de doctrinas diversas. Lee sin tasa, pero además hace notas acerca de lo que estudia, opina y sopesa el mundo de las ideas que va quedando a su alcance, y hasta emprende la confección de un «diccionario filosófico». Organiza en cuadernos las anotaciones que considera dignas de ello, y elabora

una síntesis de esos materiales en México, mientras vive en la pobreza y se asoma a la aventura que cambiará su vida.

A Ernesto no le viene ese gusto por su militancia, sino por la vocación. Como otras grandes personalidades, comparte diferentes inclinaciones; la vida y las prioridades asumidas le acotan sus campos de labor, pero las propensiones más fuertes permanecen, reaparecen cada vez que pueden o marcan con su impronta los modos de aproximarse a los problemas y de tratarlos. Su vocación teórica es muy poderosa. Ella le ayudará a ser analítico y a problematizar, único modo de buscar lo cierto, lo esencial y los caminos. Le dará sentidos más trascendentes a su decisión de entregarse a la actuación social y política revolucionaria, le brindará instrumentos para evaluar y para inscribir lo contingente y los eventos en la totalidad de los procesos de liberación social y humana, y en el taller de los conceptos y las teorías. El ejercicio permanente de esa vocación le aportará mayor capacidad para prever y hacer proyectos, para exponer sus ideas y conducir a sus compañeros. Y por último, pero no menos importante, formará una mente capaz de inquirir, dudar, preguntar, desconfiar, derribar las prisiones de los lugares comunes, lo establecido, la reproducción de lo existente y lo que se considera posible, y atreverse a crear y ser original. En una palabra, ejercer la ciencia más difícil: la de la revolución.

Su palabra sencilla y ajena a la estridencia, su lenguaje claro, son los vehículos del pensamiento abierto y poderoso de este hombre que jamás olvida los fosos profundos con los que las sociedades de dominación han separado a los que cultivan el intelecto de la masa enorme de la gente común, la gente de abajo. Él es uno con ellos, y ellos lo premian con su devoción, pero al mismo tiempo advierten la densidad de pensamiento que está siempre detrás de la calma decidida con que el Che aborda las cuestiones cotidianas y los grandes desafíos. La huella de la teoría, a veces expresa, acompaña al Che por la vida, y me recuerda la feliz expresión de José Martí al presentar sus *Versos libres*: «Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje».

Estos *Apuntes filosóficos* recogen textos de tres momentos de la existencia de Ernesto Che Guevara. El primero es el del joven estudioso de cuanto escrito de filósofo o expositor de teorías encuentra. El segundo, nueve años después del desembarco del *Granma*, es el del pensador maduro que —entre

Tanzania, Praga y Cuba— profundiza en la historia del pensamiento marxista y sus problemas principales, en Lenin, la Revolución Bolchevique y la URSS, al mismo tiempo que aborda temas contemporáneos fundamentales de las fuerzas en pugna y las situaciones mundiales. Del tercer momento, *Apuntes...* expone lo que hasta ahora está disponible de los estudios de obras teóricas que emprende este hombre incansable a partir de su llegada a Bolivia a inicios de noviembre de 1966.

Desde muy temprano en su vida, el joven Ernesto se sentía más cercano al marxismo que a cualquier otra dirección del pensamiento filosófico. La corriente principal de esa posición teórica se relacionaba entonces con dos posiciones: a) con ideas revolucionarias opuestas al capitalismo, que reclamaban que este fuera abatido y sustituido por el socialismo; y b) con la influencia de la Unión Soviética —el enorme Estado creado a partir de la primera revolución que triunfó contra el capitalismo—, de sus experiencias en cuanto a cambios profundos en la vida de las personas y en la organización social, y del cuerpo teórico e ideológico llamado marxismo-leninismo, vigente desde los años treinta en la URSS, en las organizaciones políticas comunistas ligadas a ella a lo largo del mundo y en el campo de su influencia. Este enunciado tan general albergaba un complejo de ideas, de posiciones políticas y de situaciones muy disímiles, que era sumamente complejo y, en muchos casos, contradictorio. Lo mismo podía decirse si se pasaba de las formulaciones centrales de ese marxismo-leninismo, tan generales, fijas y aparentemente eternas, a analizar la historia del pensamiento marxista y de los movimientos ligados a él.

Nacido en 1928, el precoz marxista Ernesto se encontró entonces con aquel cuadro en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Como puede verse por sus lecturas —y lo que conocemos de su biografía— leyó muchas obras marxistas y simpatizó con la experiencia soviética. Me es necesario entonces aludir, siquiera sea someramente, a los condicionamientos del joven estudioso y pensador, en una etapa de la vida en que esas influencias externas todavía pesan en muy alto grado.

Ejemplo práctico único en el mundo de que era posible derrocar el poder de la burguesía y organizar la existencia y un país sobre nuevas bases, la URSS era amada por revolucionarios y encomiada por personas progresistas en todos los rumbos del planeta. Por su parte, el capitalismo, que no había

podido vencerla se dedicó a satanizarla con saña sin igual, que confundía a muchos y difundía el temor al comunismo. Pero la mayor crisis mundial de la historia del sistema y el auge tremendo del fascismo en Europa golpearon muy duramente a las mayorías, desgastaron mucho el prestigio del capitalismo y dividieron su propio campo. Al terminar los horrores de la Segunda Guerra Mundial, la URSS gozaba de un inmenso prestigio, por haber sido la protagonista de la derrota del nazismo, al precio terrible de veintisiete millones de vidas y la destrucción del país. La idea del socialismo ganó muchas simpatías e influencia entre los luchadores sociales y anticolonialistas, y más presencia en la vida intelectual.

Mientras Estados Unidos emergía como el más poderoso país imperialista del mundo, en Europa los pueblos exigían amplias políticas sociales que garantizaran mejor calidad de vida a amplios sectores, y gobiernos democráticos con derechos efectivos y controles ciudadanos. La lucha por la paz se volvió una bandera cívica notable, la indagación acerca del ser humano se renovó e influyentes pensadores tuvieron posturas afines al socialismo.<sup>2</sup> Todo el mundo colonial fue sacudido por una ola de movimientos y gestiones a favor de la independencia y la autodeterminación. Las viejas potencias tuvieron que ceder, tratar de reordenar sus sistemas y apelar al neocolonialismo, mientras el número de países del planeta se multiplicaba en menos de veinte años. Se comenzaron a desarrollar coordinaciones internacionales de Estados y movimientos de lo que se empezaba a llamar Tercer Mundo. El ala más radical de la lucha anticolonial protagonizó revoluciones violentas que peleaban por la liberación nacional y la justicia social. Las revoluciones de China y Vietnam implicaron bruscos y grandes ascensos de la cultura política de liberación de los pueblos, y constituyeron pasos importantes hacia la universalización verdadera de la revolución anticapitalista y del pensamiento revolucionario.

La URSS se volvió sobre sí misma en la etapa de reconstrucción del país, pero al mismo tiempo le sacó provecho a la nueva situación internacional como una potencia, no como el país iniciador del socialismo. Para asumir un papel de guía en las nuevas condiciones, la Unión Soviética habría tenido que cuestionarse a fondo a sí misma —incluido el trágico final de la Revolución Bolchevique en un baño de sangre en los años treinta— y generar grandes transformaciones internas, pero los cambios acontecidos entre 1953

y 1965 fueron demasiado limitados. Por segunda vez en el siglo XX se produjo un gran desencuentro, esta vez entre el Tercer Mundo y el socialismo del campo soviético y sus aliados comunistas, mucho menos explicable que el primero —el que se produjo en los años treinta con los entonces llamados países coloniales y semicoloniales—, porque ahora la acumulación cultural de resistencias, rebeldías y niveles de conciencia política era incomparablemente mayor. Se perdió así una oportunidad histórica.

Al mismo tiempo, el poderío militar y el peso político e ideológico de la URSS la convirtieron en la única superpotencia capaz de enfrentarse al rapaz imperialismo norteamericano, que amenazaba engullirse el planeta. En aquel tiempo de Guerra Fría, era el referente opuesto para millones en el mundo, un gran país diferente y mejor que los otros, y un aliado posible. Y en el terreno práctico, la URSS brindó ayudas valiosas a organizaciones políticas afines y a empeños de revolucionarios, y estableció relaciones con algunos de los países que salían del colonialismo.

Las limitaciones de esta etapa condicionaron otra vez al marxismo soviético, que se limitó a sacar de la escena a Stalin sin someter a crítica al Materialismo Dialéctico e Histórico que él había impuesto ni eliminar las exigencias dogmáticas, a admitir pensamientos modernizantes que se avinieran mejor con la estrategia general soviética y a tolerar algunas diversidades que no afectaran lo esencial del sistema teórico-ideológico. No hubo espacio para revisiones profundas de una teoría que había sido desnaturalizada y manipulada a un grado tan grande durante décadas. El llamado marxismo-leninismo se convirtió en un instrumento que renqueaba detrás de las realidades, a la vez que una especie de libro sagrado al cual referir la legitimidad política; era defendido por los gobernantes y los dirigentes implicados, comentado o repetido por los profesionales y enseñado a los militantes, y a los jóvenes en general donde esto último era posible. Dentro del campo de control o influencia de la URSS y los partidos que seguían su línea era casi imposible un desarrollo real del marxismo, y los que trabajaban con ese objetivo no obtenían aceptación ni divulgación.

Al interior del pensamiento, otro condicionamiento importante era el estatuto privilegiado de la filosofía dentro del marxismo. Lo esencial de la posición de Marx dentro de las ideas anticapitalistas fue la centralidad de la política en la acción proletaria, la lucha de clases para expropiar a los explota-

dores, destrozarse el Estado burgués y comenzar una época de transición hacia el comunismo, y la formulación de una nueva teoría social capaz de brindar una comprensión de la sociedad capitalista, sus contradicciones y el potencial de conflictos que puede utilizarse para una revolución contra ella, teoría que sirve como paradigma de la ciencia social e instrumento para la comprensión histórica. Una teoría social profundamente subversiva contra el capitalismo y respecto a la idea misma de un orden intangible.<sup>3</sup> El joven Marx se formó en la filosofía de los filósofos modernos europeos que se desplegó hasta la primera mitad del siglo XIX, pero se deslindó de ella desde antes del *Manifiesto del Partido Comunista*. Una filosofía en el sentido de esa tradición no cabía en su concepción teórica, y toda su obra de ahí en adelante es ajena a ella.

Lo cierto, sin embargo, es que a finales del siglo XIX se hizo dominante en el marxismo la idea de que este era una corriente filosófica en el mismo sentido que las precedentes, que perseguía y formulaba leyes generales para la naturaleza, la sociedad y el pensamiento.<sup>4</sup> No puede ser asunto de este prólogo abordar las causas, muy diversas, de ese hecho tan crucial en la historia del pensamiento marxista, ni la historia misma de ese rasgo del marxismo hasta el segundo tercio del siglo XX. Pero es preciso anotar que al hacerse marxista, el joven Ernesto recibió la influencia de los condicionamientos referidos.

¿Por qué el joven intelectual autodidacta no se sumó a los repetidores ni se sujetó a la «línea»? Opino que varios factores lo ayudaron. La multitud de obras que verán ustedes en las relaciones que aquí se publican, y la extrema diversidad de ellas, dejan clara la vastísima información que adquirió, y sus comentarios permiten constatar que tenía una posición activa de pensamiento y preguntas ante ese torrente de ideas y de libros. Esta suele ser una vacuna eficaz contra los dogmatismos. Por otra parte, Ernesto asume un antiimperialismo beligerante que nunca lo abandonará, y lo asocia acertadamente al anticapitalismo, porque él está de parte de los humildes. Identifica al colonialismo y sus variantes como el enemigo de los pueblos de América Latina, Asia y África. Esta posición suya es ajena al eurocentrismo que caracteriza al llamado marxismo-leninismo, y a la subestimación implicada en las formulaciones abstractas que priorizan al llamado sistema socialista y la «clase obrera» de los países industrializados. Y lo decisivo: Ernesto está buscando una causa revolucionaria a la cual entregar todo su ser, no solo el

pensamiento, mientras que la revolución anticapitalista y antiimperialista no está en el plan del movimiento político que orienta a aquel marxismo.

Mas no debemos confundir una posición determinada dentro del marxismo con todo el marxismo. Marx lanzó la propuesta más trascendente mediante un pensamiento revolucionario poderoso y antidogmático: instrumentos para comprender las relaciones sociales y humanas bajo el mundo del capitalismo y sus tendencias; el camino político de la lucha de clases proletaria como vía para la gran transformación; el objetivo de la liberación de todas las dominaciones y la utopía de una asociación de productores libres y una nueva cultura. Pensamiento social, epistemología, estrategia y profecía son de ese modo reunidos. Ha habido, de Marx en adelante, una historia del pensamiento filosófico de los marxistas —con corrientes diferentes, coexistencias y polémicas— y una historia de siglo y medio de producción de otros pensamientos filosóficos, con los consecuentes conflictos de ideas, contrastaciones, relaciones e influencias. De esa totalidad se debe partir para inquirir sobre la necesidad de filosofía y hacer preguntas acerca de la filosofía. En vez de practicar ritos y clasificaciones, exorcizar lecturas y hacer distribuciones de premios y castigos, es necesario plantearse preguntas como, ¿qué filosofía marxista?, y, ¿qué es filosofía para un marxista?

Por ese camino anduvo Ernesto Che Guevara, uno de los pensadores realmente relevantes y trascendentes del siglo XX, al mismo tiempo que realizaba el formidable cúmulo de tareas por las cuales ha alcanzado justa fama. En realidad estuvo produciendo teoría marxista a partir del triunfo revolucionario, desde puntos de partida muy naturales para un marxista: el análisis de la política, la economía, las ideologías y las teorías, sus contenidos, sus métodos e instrumentos, sus condicionamientos y los conflictos en que participan. Eso hace conveniente aclarar que buena parte de sus proposiciones y su posición teóricas se encuentran dentro de esos productos escritos y orales, y allí hay que buscarlos. A la vez, el Che estudia textos teóricos y los comenta, y hace exposiciones propias directamente teóricas. Es este el conjunto de las fuentes en que podemos encontrar al Che pensador y al filósofo.

Guevara no se ha considerado a sí mismo un productor de teoría, primero por su juventud y su espíritu iconoclasta, después por ser uno de los principales dirigentes de la Revolución Cubana, la primera revolución socialista en el Occidente burgués, que al mismo tiempo fue la primera que triunfó



sobre el neocolonialismo —una revolución, entonces, socialista de liberación nacional—, que se ha declarado abiertamente marxista y establecido relaciones con la URSS que resultan vitales para la defensa y la economía. Dos límites, por consiguiente: su trabajo, su vida y la función que desempeña este hombre que se sabe histórico pertenecen a las prácticas de la Revolución, no a sus inclinaciones personales; un dirigente de un país socialista se vale del marxismo y está adscrito a él, no pretende establecer un marxismo propio. Lo extraordinario —y un aspecto más de la grandeza del Che—, es que supo comprender que la elaboración del pensamiento le era indispensable a la Revolución Cubana, que debía ser una de sus dimensiones importantes, y logró ser ejemplo también en este campo. Y que fue elaborando una concepción suya dentro del marxismo, cumplió los requisitos de ese tipo de trabajo y avanzó en el desarrollo de ella hasta donde la vida se lo permitió. En estos *Apuntes...* podremos perseguir una parte importante de los avatares de la construcción de la posición filosófica y teórica del Che.

Un nuevo condicionamiento favoreció mucho ese trabajo ciclópeo. La Revolución Cubana se reveló enseguida como un hecho que no cabía en lo esperable, que rompía el orden neocolonial, imponía su permanencia frente al poderío norteamericano, llamaba a la liberación completa a los pueblos de América y del mundo oprimido y resultaba una descarnada herejía para un socialismo que comenzaba a contentarse con el apellido de «realmente existente». La Revolución destrozaba la geopolítica y los cánones, pedía, reclamaba, exigía una profunda renovación del pensamiento revolucionario y una creatividad que estuviera a la altura de sus prácticas, sus desafíos y sus necesidades de estrategia y de proyecto. Fidel y el Che fueron los protagonistas de aquella herejía y aquel asalto al cielo de las ideas.

El Che estaba plenamente consciente de la necesidad de teoría, y realizó un trabajo simultáneo en cuatro direcciones que se interrelacionan: utilización de instrumentos que existían inscritos en su posición teórica específica; elaboración teórica positiva de su concepción; polémica con otras posiciones dentro del socialismo y el marxismo; y divulgación de ideas y exhortaciones a que se asumiera la importancia del trabajo teórico y se le practicara. Del Sistema Presupuestario de Financiamiento, su instrumento más ambicioso en el terreno de la economía, dice en septiembre de 1962 que forma parte de una concepción general del socialismo.

En la famosa polémica económica, ventilada en revistas habaneras en 1963-1964, no se discutían meramente cuestiones de gestión económica. El Che defendió su concepción del socialismo frente a otra. Por una parte, afirmó, la dirección económica tiene que estar ligada a una economía política determinada y expresa; por otra, en el régimen de transición socialista el poder revolucionario es la fuente del mando ejercido sobre la economía, y ese poder tiene que ser capaz de crecer una y otra vez, y tiene el deber de convertirse en el poder de los trabajadores y el pueblo organizados. No existe la economía sin apellidos, y la idea de que la economía puede dirigirse a sí misma pertenece al funcionamiento del sistema capitalista y a su hegemonía. En realidad, aquella polémica expresaba concepciones diferentes de en qué consiste el desarrollo social y humano, y del carácter de la revolución. La posición del Che tenía su base filosófica en la propuesta de Carlos Marx y en las condiciones de su realización a través de la revolución socialista cubana. Por eso *El socialismo y el hombre en Cuba*, el más revolucionario y trascendente manifiesto filosófico del socialismo latinoamericano —y la proposición de la liberación humana y social dirigida al mundo desde América Latina—, está totalmente ligado a «La planificación socialista, su significado», un ensayo breve que es un clásico de economía marxista.

No intentaré exponer aquí en detalle la posición filosófica del Che.<sup>5</sup> Me limitaré a apuntar que se trata de una filosofía marxista de la praxis. Ella privilegia la acción consciente y organizada como la fuerza capaz de crear nuevas realidades sociales y humanas. En un plano filosófico más general se aleja del determinismo social, una de las corrientes más fuertes del pensamiento que llamamos moderno. Dentro del marxismo, la posición filosófica del Che se contrapone a la corriente evolucionista y determinista economicista —que ha sido la más influyente desde fines del siglo XIX—, que considera que los cambios de régimen social son consecuencia de la ruptura de una correspondencia necesaria entre lo que llaman fuerzas productivas y lo que llaman relaciones sociales de producción. Respecto a la persona, esta corriente vacila entre suponerle la atribución «natural» de ser egoísta e individualista, y la esperanza de que el individuo cambie como resultado de una etapa, que sería «superior», de desarrollo de las fuerzas productivas; es decir, entre su creencia en que existe una «naturaleza humana» y su creencia en

que esa naturaleza cambiará si llega a haber una cantidad enorme de riquezas materiales que quedaría a disposición de todos.

El Che recupera la dialéctica como clave y centro de la posición filosófica marxista y de un pensamiento crítico. Trasciende así al falso dilema que clasifica en materialistas o idealistas a quienes parezcan aceptar o no la primacía de objetos y de una materialidad que precedería a toda percepción humana, dilema que tiene como corolario principal la determinación de la vida social y humana y sus posibilidades por lo que llama la economía, o la vida material. Che logra captar y asumir los temas, problemas y propuestas fundamentales de los fundadores del marxismo, y el significado del vuelco dado a ese cuadro teórico por la nueva realidad que crearon la Revolución bolchevique y Lenin. Y comprende y maneja con maestría la opción abierta ante los bolcheviques y ante todas las revoluciones posteriores.

En cuanto a la teoría del marxismo, la disyuntiva reside en si ella permitirá plantear bien e interpretar las situaciones, si brindará una base intelectual y emotiva capaz de sustentar la lucha, las creaciones, la conciencia y el plan de los revolucionarios, y el proyecto liberador. O si, por el contrario, la teoría se limitará apenas a proporcionar una reafirmación de lo que existe, fundamentar o legitimar las medidas que se vayan tomando, a brindar referencias más bien vagas al futuro y cierta tranquilidad asociada al orden. Esta segunda opción fluctúa entre coexistir con las acciones renovadoras o creadoras, o ser una rémora y un obstáculo para ellas, al colocar al «conocimiento» en contradicción con las luchas y los avances.

Desde esa filosofía de la praxis, el Che postula que la ley del paso del capitalismo al socialismo en un país —en cuanto tal y como parte de la revolución en el mundo—, la ley de la revolución, es la necesidad de actuar de manera consciente y organizada para crear nuevas realidades. Esto no implica desconocer las leyes del funcionamiento de la realidad existente, ni los límites que le ponen a la actuación, sean generales o de una circunstancia concreta. Pero mientras en la época de la vigencia del capitalismo han predominado esas leyes del funcionamiento, en la época de revolución debe predominar el factor subjetivo. En un plano más general, para toda la época de transición del capitalismo al socialismo y al comunismo rige una dialéctica de ambos factores, en la que el polo dominante tiene que ser el subjetivo, so pena de no avanzar, en el corto o largo plazo, y por consiguiente, no llegar.

El Che sostiene que Marx considera al individuo como el actor consciente de la historia, y expone las ideas que él tiene acerca de ese aspecto central del pensamiento filosófico. «El peso científico de *El capital* — escribe — nos ha hecho olvidar frecuentemente el carácter humanista (en el mejor sentido de la palabra) de sus inquietudes. La mecánica de las relaciones de producción y su consecuencia, la lucha de clases, oculta en cierta medida el hecho objetivo de que son los hombres los que se mueven en el ambiente histórico».<sup>6</sup>

A lo largo de toda la obra del Che se pueden encontrar formulaciones generales o parciales de su específica concepción marxista, o alusiones favorables a ella. Esas ideas — como la Revolución Cubana — eran forzosamente polémicas, pero no debemos olvidar que poseen exposiciones positivas y un entramado de conceptos — los conceptos del Che —, cuya organicidad y funciones están referidas a esa concepción. Ese es un gran logro teórico, pero está inscrito en un momento trascendental del pensamiento revolucionario cubano, en el que la ortodoxia y la herejía iban unidas. Che y sus compañeros conscientes se saben herederos del proyecto marxiano, rescatan su rigurosa fundamentación teórica de la revolución de los comunistas, la necesidad de política y de poder para acabar con todas las dominaciones, y la utopía, un más allá posible mediante la acción consciente y organizada. Toman esa herencia del único modo válido y útil, de un modo crítico, y la necesidad de pensar la revolución que hacen los lleva a someter a crítica el pensamiento existente, sea el que pertenece o es afín al sistema de dominación burgués, sea el de las ideas de los socialistas y comunistas.

Este es el terreno de la batalla intelectual del Che, una contienda de ideas que es tan importante y necesaria como la guerra revolucionaria. Él lo sabía, por eso la emprendió desde 1959 y la sostuvo siempre, con una energía, una entrega y una sagacidad ejemplares. En una primera etapa predominó la lucha contra ideas y prejuicios de la sociedad previa que resultaban perjudiciales al avance de las personas y del proceso. Después, sin que aquellos desaparecieran del todo, fue necesario enfrentar el peso cultural del capitalismo en una sociedad que al hacer justicia les abría a las mayorías accesos a la vida que se ha llamado moderna — la modernidad sin apellidos es la del capitalismo —, haciendo la crítica a ese carácter burgués que pueden tener las modernizaciones y proponiendo procesos liberadores y la formación de una nueva cultura, diferente a la del capitalismo y no solamente opuesta a él. Al

mismo tiempo, se impuso la necesidad de enfrentar una ideología del socialismo que tendía a recortar el alcance de la revolución en vez de impulsarlo, padecía de eurocentrismo y provocaba colonización mental «de izquierda», no compartía aspectos fundamentales de la Revolución y podía comprometer la viabilidad del socialismo cubano.

Lo grave era que esta ideología parecía avalada por la experiencia y el prestigio soviéticos, y pretendía que el llamado marxismo-leninismo fuera la guía de la formación política e ideológica en Cuba y el juez de las ideas, las actitudes y las medidas del campo revolucionario, con el agravante de su tendencia a unir lo acertado con lo correcto y el error con la desviación o la traición. El Che fue descollante en los tres campos que he descrito. Es muy profunda su crítica a la cultura del capitalismo y su delicada distinción en cuanto a los sujetos que la consumían. Su crítica de la modernidad capitalista en medio de la modernización que trajeron los años sesenta es una de las cumbres del pensamiento de la época. El tercero podía serle más difícil al Che, que era marxista y admiraba a la URSS desde antes de entrar en la práctica revolucionaria. Sin embargo, produjo en este campo una crítica excepcional, por su penetración hasta lo esencial y su capacidad al explicarlo, su valentía intelectual y su consecuencia de comunista. Fue una crítica desde dentro, un gran aporte al movimiento socialista mundial que, lamentablemente, no fue atendido en su tiempo.

En mi opinión, el dominio del pensamiento teórico y la capacidad de pensar con sus instrumentos fue decisivo para que el Che pudiera producir tan extraordinario adelanto en el campo de las ideas revolucionarias. Su posición filosófica fue una brújula eficaz en medio de la vorágine, los desgarramientos, las situaciones extremas, las decisiones perentorias, las disyuntivas y preguntas nuevas y el carácter singular de aquellos años de la Revolución. Su mérito es mayor si recordamos que los hechos de esta habían hecho estallar los axiomas y los lugares comunes de la Cuba burguesa neocolonizada, la intangibilidad del dominio norteamericano y de la geopolítica, y también las estrategias, las recetas y los dogmas más acatados dentro de la izquierda. La Revolución mostraba, en consecuencia, una sana desconfianza ante las teorías, que era contradictoria con su imprescindible urgencia de pensarse a sí misma y al mundo, en esa hora de transformaciones y proyectos trascendentales, y de una presencia internacional que crecía tan velozmente.

No había cualidad suya que el Che no quisiera compartir con los demás. En todo momento, desde la guerra, actuó a favor del desarrollo cultural de los participantes en la Revolución, y entre el triunfo de 1959 y su partida a Bolivia fue infatigable y metódico en su gigantesca campaña de divulgación de las ideas más revolucionarias entre el pueblo y en los colectivos más diversos, y de formación política, técnica y teórica de los que era necesario convertir en cuadros realmente revolucionarios. Sobre cuestiones teóricas brindó innumerables explicaciones a sus compañeros en las reuniones de trabajo, los intercambios o las actividades organizadas con ese fin, o les mostró las implicaciones positivas que podía tener la teoría en las prácticas que llenaban sus vidas. Recomendaba lecturas, exigía estudiar y estimulaba con su prestigio.<sup>7</sup> Testimoniantes y estudiosos han aportado en las dos últimas décadas muy valiosas informaciones sobre esta importante faceta suya.

Los comentarios del Che que leerán ustedes dan idea de su riguroso trabajo con la teoría y las ideas filosóficas. Profundos, irreverentes, evaluadores, enunciadores de tesis, asertos o preguntas que más de una vez el autor no tendrá tiempo de volver a tratar, estos comentarios están llenos de sugerencias para el que quiera pensar.<sup>8</sup> Gran número de textos de Marx y Engels, de Lenin y de otros pensadores marxistas son devueltos a nosotros por estos cuadernos tenaces, con sus frases subrayadas en los colores que son claves para el Che. Su exégesis combina juicios sobre las virtudes y los defectos de las obras con las implicaciones que tuvieron y su lugar en la historia del marxismo, pero también las comenta desde el presente, anotando ausencias, errores y predicciones acertadas, o dando sus juicios sobre los rasgos de ese presente.

Sobre Lenin tiene numerosos comentarios, evidencia de los estudios tan profundos que hizo de su pensamiento, de la Revolución bolchevique y del rumbo emprendido por la URSS a partir de los primeros años veinte. Sigue con detalle los argumentos de Lenin y los tremendos dilemas que enfrentó —cuando sentía, al mismo tiempo, que la vida se le iba—, y enjuicia sus posiciones con rigor que a veces llega a ser duro, pero nunca oculta su profunda admiración por el gran revolucionario y su confianza en la extrema lucidez que poseía. Che buscó en el viraje soviético de aquel momento las fuentes de la deformación profunda y el extravío del rumbo socialista que después sucedería. Y trató de comprender lo esencial y las consecuencias de una

política coyuntural que fue convertida en estrategia permanente y al cabo dogmatizada, y la lección que esto les dio a todos los revolucionarios sobre el riesgo mortal de intentar crear la nueva sociedad con los instrumentos y las motivaciones que funcionan en la formación económica capitalista, en un extraño híbrido con un poder político no capitalista y un buen número de medidas distributivas de bienes. A quien quiera abundar y entender mejor esta cuestión, que hoy sigue teniendo una importancia capital, le aconsejo volver sobre sus *Apuntes críticos a la Economía Política*.<sup>9</sup>

De África a Praga, de Cuba a la Quebrada del Yuro, el Che sigue estudiando y anotando, y en esta obra se recogen partes de los fragmentos y comentarios colectados durante esos dos años y medio. Apunto solamente, por su interés filosófico marxista, que copia extensos pasajes de las tesis expuestas por Louis Althusser en los primeros años sesenta, con muy pocos comentarios suyos. Este comunista francés se enfrentó a las variaciones filosóficas elaboradas por europeos marxistas que introducían «modernizaciones» y «vueltas» sin cuestionar los dogmas que habían regido, y presentó y defendió ideas que ayudaron a unos a salir de aquel pantano y a otros a buscar en Marx el camino cierto para el marxismo.<sup>10</sup> Ese interés del Che, pienso, nos brinda datos sobre el intenso trabajo intelectual que estaba desarrollando acerca de los fundamentos mismos del marxismo. Y no me parece un azar que ambos hayan dado tanta importancia al estudio de *El capital*.<sup>11</sup> Y agregó ahora, porque fui uno de los que se beneficiaron estudiando a Althusser y, al mismo tiempo, critiqué fuertemente un aspecto de su posición filosófica, que los caminos de la teoría son más de uno, diversidad que se pierden los espíritus intolerantes, y que hacen perder a muchos cuando tienen oportunidad de ser autoritarios en materia de estudios y debates.

Al inicio advertí que el Che asumió dos tareas principales en la etapa de su vida iniciada en abril de 1965. Antes de terminar, quisiera comentar brevemente su carta a Hart de ocho meses después, aquel documento personal tan importante en la historia de las ideas de la Cuba contemporánea.

Esa misiva es un texto clave que muestra la concepción teórica del Che, y cómo concreta sus criterios y su proyecto. La carta entera es un llamado del dirigente revolucionario cubano a enfrentar las carencias y deficiencias de la formación marxista de la vanguardia y del pueblo, dirigido a un hermano de luchas y de ideas que acaba de asumir una alta responsabilidad en

el naciente Partido Comunista. Como es usual en el Che, incluye la referencia a sus propias insuficiencias, pero enseguida pasa a proponerle un plan de estudios muy amplio «...que, creo, puede ser estudiado y mejorado mucho para construir la base de una verdadera escuela de pensamiento». Le relaciona sus ocho partes y le detalla contenidos de cada una de ellas. El texto nos permite constatar su punto de partida y su intención totalmente diferentes a los del complejo teórico-ideológico de matriz soviética, y los fines y la ambición de su propuesta formativa para revolucionarios marxistas cubanos. Al mismo tiempo, nos brinda datos sobre las ideas y las valoraciones que él tiene en aquel momento acerca de corrientes, autores y el proceso histórico y contemporáneo del pensamiento, y, por consiguiente, de un momento preciso de su formación y su historia intelectual.

Como sucede en este tipo de documentos, el autor es más libre al ofrecer sus criterios. Por ejemplo, hace una valoración descarnada de lo que se está publicando —y lo que no se publica—, y sus consecuencias: «no dejarte pensar; ya el partido lo hizo por ti y tú debes digerir». Alude a las diferencias ideológicas dentro del campo revolucionario, en algunos momentos de la carta y en la despedida: «Un abrazo a los abrazables...». Pero el propósito de todo el mensaje —escrito apenas trece días después de su salida de la fallida experiencia del Congo—, es contribuir a un aspecto muy importante de la formación de una cultura socialista: «Es un trabajo gigantesco, pero Cuba lo merece y creo que lo pudiera intentar». Esta iniciativa es otro aporte suyo a la batalla intelectual por el triunfo de las ideas más revolucionarias dentro de la transición socialista cubana.

Este libro que contiene una amplia selección, realizada por el Che, de pasajes de obras de Marx, Engels, Lenin y otros marxistas, y un conjunto sumamente valioso de comentarios suyos, puede ser un vehículo para una recuperación del marxismo que a mi juicio le es imprescindible a nuestro país en su crucial coyuntura actual. En 1965 él escribió que Cuba lo merecía, hoy lo necesitamos imperiosamente. Tenemos un enorme número de factores de inmenso valor para no perder la sociedad más justa y más libre que hemos creado con tantos esfuerzos, sacrificios y heroísmos, y para defenderla de la única manera eficaz, que es apelando a las extraordinarias capacidades y la conciencia socialista de los trabajadores y el pueblo, la riqueza mayor



con la que Cuba cuenta. Entre esos valores está Ernesto Che Guevara, que nos invita desde estas páginas a tomar su pensamiento, y a utilizarlo.

*Fernando Martínez Heredia*  
*4 de mayo de 2012*